

## EL MONJE Y LA BIBLIA<sup>23</sup>

“Después que sus padres murieron, no le quedó a Antonio más que una hermana muy joven. Tenía 18 años cuando asumió el cuidado de la casa y de la hermana. No había pasado seis meses de su luto, mientras se dirigía a la iglesia, caminando, como acostumbraba hacer, reflexionaba sobre sí mismo, meditaba sobre los Apóstoles, que dejaron todo para seguir a Cristo, sobre aquellos fieles que, según los Hechos de los Apóstoles, vendían sus bienes, llevaban la suma recibida y la colocaban a los pies de los apóstoles, renunciando a ella en beneficio de los necesitados. ¡Cuánta esperanza en el cielo tenían ellos! Llenábanle el corazón tales pensamientos, cuando entró en la iglesia. Aconteció que se leía el Evangelio y escuchó cómo el Señor le decía al rico: ‘*sí quieres ser perfecto, ve, vende todos tus bienes y da el dinero a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme*’ (Mt 19,21). Antonio entregó inmediatamente todo lo que tenía ‘como si aquella lectura hubiera sido hecha para él’ y se retiró al desierto”.

Es ésta una vocación monástica que, en el decir de san Atanasio, tiene su origen en la Sagrada Escritura leída, meditada y acogida como un mensaje de Dios, dirigido personalmente a quien lo está oyendo. Muestra así el obispo de Alejandría cómo están relacionadas la Sagrada Escritura y la vida monástica, cómo la vocación de los Apóstoles y los ejemplos de la Iglesia primitiva influirán concretamente en el ideal de la vida eremítica y cenobítica. Toda la tradición posterior lo reconoce y, actualmente, el éxito de la renovación de la vida monástica está, con seguridad, en la más perfecta fidelidad al Evangelio, “la Regla primera y fundamental”.

### **Biblia y Regla**

Si bien la Regla de Pacomio tiene pocas referencias a las Sagradas Escrituras, prescribe, con todo, a los monjes, alimentarse de ellas, memorizarlas, recitar capítulos enteros de los libros sagrados al dirigirse al campo o durante el trabajo. El propio Pacomio, cuando era joven, “se dedicaba a largas recitaciones de los libros de la Sagrada Escritura, procurando hacerlo en orden, con gran facilidad”. Pide después, que cada uno de sus monjes supiera de memoria al menos el salterio o el Nuevo Testamento. De tales proezas, hoy en día seríamos incapaces.

Cerca de treinta años más tarde, en un contexto social completamente diferente, al organizar sus “fraternidades”, da a éstas, primeramente, reglas morales, las cuales consisten en simples secuencias de versículos del Nuevo Testamento referentes al modo de agradar a Dios, de vivir en paz con los otros, de irradiar la fe cristiana, según el lugar que cada uno ocupa en la Iglesia. Esas enseñanzas de las Sagradas Escrituras serán después explicitadas en el *Asceticón*, las Grandes y las Pequeñas Reglas. Así se instituye una completa organización de vida comunitaria. Con respecto a las Grandes Reglas presentan las directivas generales y las Pequeñas Reglas, la mayoría de las veces, muestran soluciones para las dificultades de la vida cotidiana. Recurre a la Biblia siempre que desea fundamentar la doctrina o justificar un consejo. Según Dom Gribomont, para San Basilio “la única Regla autorizada es la palabra de Dios”.

Más tarde, san Agustín, en el siglo V, y san Benito, en el siglo VI, también continuarán con la preocupación de confirmar las enseñanzas de sus Reglas monásticas en textos bíblicos. En muchos pasajes de su *Comentario Doctrinal y Espiritual*, Dom Adalberto de Vogüé, ha señalado bien el lugar que los textos de la Sagrada Escritura ocupan en la Regla Benedictina, y

---

<sup>23</sup> Tradujo: Delia Alonso (Córdoba).

el modo como san Benito los utiliza. En el Prólogo, donde se observa principalmente la presencia del Antiguo Testamento, hay dos citas bastante largas de los salmos 33 y 14. Por medio de ellas, san Benito declara la intención que tiene de orientar al monje *per ducatum Evangelii*, “bajo la dirección del Evangelio”. En el último capítulo de la Regla, hace la pregunta: “¿Qué página, qué palabra de autoridad divina, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, no es una norma rectísima de vida humana?”.

Demos un salto de algunos siglos. He aquí lo que dice la Regla de Grandmont, escrita por el año 1076: “La Regla de las Reglas de Fe y de salvación, de la cual fluyen todas las otras, como los riachos nacen de su fuente, es una sola, el Santo Evangelio que Dios transmitió a los apóstoles y éstos anunciaron fielmente a todo el universo”. San Bruno por su parte, escribe en la misma época: “El Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, tal cual es interpretado por los Padres, hará las veces de Regla para todos los cartujos”. Estos testimonios muestran muy bien que cualquier Regla monástica, sea ella cual fuere, se fundamenta en las Sagradas Escrituras y pretende aplicar a esta forma particular de vida cristiana, que es la vida monástica, las enseñanzas del Señor para todos. Se comprende fácilmente por qué los distintos legisladores monásticos han recomendado, con mucha insistencia, como trabajo diario del monje, el estudio del texto sagrado, en contacto prolongado con la Biblia o con sus comentarios autorizados, tanto en el Oficio Divino como en la lectura personal.

## **Biblia y cultura**

Para poder leer la Biblia, los monjes, muchas veces hacían primeramente la copia. Ese trabajo se hizo en cierta medida en los monasterios, durante siglos, en todas partes, tanto en Oriente como en Occidente. Ciertos “*escritorios monásticos*” especializados fueron excelentes. Citemos apenas algunos de los de Occidente: los monasterios de Casiodoro y de Eugipo, en la Italia del Sur, siglo VI, Wearmouth y Jarrow; Northombrie, monasterio donde vivió san Beda y donde, en su tiempo, se escribió el admirable *Codex Amiatinus*, conteniendo toda la Biblia, en impecable presentación, siglos VII y VIII; san Galo, cuya actividad se extendió desde el siglo VIII al siglo X; Bobio, Echternach, San Emmeron, Corbie, Fleury, Hautvillers y Monte Casino.

Las cualidades que se notan habitualmente en esos centros de cultura, más o menos acentuadas, según las épocas y los lugares, son: perfección en la caligrafía, preocupación por la fidelidad en la transcripción, cuidado de tener un texto correcto como modelo. ¡Qué respeto tenían esos monjes por la palabra de Dios! ¡Cómo se esforzaban por evitar cualquier alteración! Esa preocupación, a veces, provoca lo que se deseaba evitar cuando, principalmente a partir del siglo IX, se comenzó a enmendar el texto, a copiar, con el fin de tornarlo literalmente más correcto o adaptarlo mejor al hebraico.

Los monjes no sólo difundieron la Biblia, sino también se esforzaron en comentarla para que fuese mejor comprendida, sea por las comunidades monásticas, sea por los simples fieles. Y así san Gregorio Magno alimentó generaciones enteras de monjes con sus *Morales*, con sus homilias sobre los libros de los Reyes, Ezequiel y el Evangelio. Utilizando, con discreción los trabajos exegéticos de sus predecesores, principalmente de san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustín, y también de Orígenes, san Gregorio nos dejó una explicación de las Sagradas Escrituras al mismo tiempo instructiva y nutritiva, a veces encantadora y sutil si bien más adaptada a la mentalidad medieval que a nuestro gusto actual. Su obra se divulgó en los monasterios con gran éxito. Durante siglos fomentó aquella comprensión y amor con que se leían los libros sagrados. Beda el Venerable, en Inglaterra, Ambrosio Autpert, en Italia, Alcuino, Pascal Radbert y Rábano Mauro, así como en el siglo XII, Ruperto de Deutz, con sus escritos, aún cuando sean de menor valor o de menor divulgación, también tendrán influencia en los medios monásticos con relación a ciertos libros de la Biblia.

La exégesis de las Escrituras inspirada en los escritos de los padres, cuyas citas toman páginas

enteras, proponen una interpretación de carácter espiritual y moral. Esta restricción, no hace a esos comentarios menos interesantes. El valor no está en el testimonio que da, de una situación o de una época. Revela los intereses y exigencias de los monjes para quienes fundamentalmente fuera escrita.

### **Biblia y oración**

“Todos estos esfuerzos en favor de las Sagradas Escrituras producirán sin duda menos frutos, desde el punto de vista del desenvolvimiento de la doctrina, que los en relación a la vida espiritual”, así escribía Dom Jean Leclercq, hace diez años. En efecto, la Biblia no fue para los monjes en primer lugar objeto de estudio científico, sino, antes que nada, alimento de su fe y piedad, obtenido por los dos canales de la liturgia y de la lectura espiritual.

Los legisladores monásticos siempre tendrán el cuidado de dar a sus fundaciones una organización litúrgica. Alabanza divina y trabajo alternarán así en la vida de los monjes en el sentido de posibilitar la oración personal continua o lo más continua posible. Pero las preces comunes del Oficio Divino están formadas, principalmente, por textos bíblicos. Los salmos, los cánticos, las lecciones, los responsorios se suceden conforme a varios esquemas cuya finalidad es ayudar al monje a rezar bien. Esto se conseguirá si el Oficio Divino es para el monje un instrumento de alabanza y un alimento espiritual de tal modo que también, durante el trabajo, su corazón continúe fijo en Dios.

De aquí el consejo que san Benito da en el capítulo 19 de su Regla: “Cuando salmodiamos, que nuestra mente concuerde con nuestra voz”. Antes que él, san Basilio ya había escrito lo siguiente: “Que tu inteligencia se esfuerce en comprender lo que tus labios salmodian para que puedas salmodiar con el corazón y la inteligencia”. Y ese mismo pensamiento se encontrará en Evagrio cuando da el siguiente consejo: “Reza bien y con calma, salmodia con inteligencia y armonía y serás como el aguilucho que se lanza a las alturas”, o sea: imitarás a los ángeles cuya función es glorificar a Dios.

En el siglo XII, Abelardo desarrollará el mismo tema en las recomendaciones que hace a Heloisa, abadesa de Paraclet. Escribe lo siguiente: “Cuando es la boca la que reza en nosotros, esto es, cuando nos limitamos a articular y pronunciar sonidos, sin que el corazón sepa lo que dicen los labios, nuestra alma no recibe de la oración el impulso necesario para elevarse, por la comprensión de las palabras enunciadas, al amor de Dios. Por ese motivo el Apóstol nos recomienda que prestemos atención a lo que decimos de tal modo que aunque sólo sepamos apenas pronunciar palabras, como pasa en muchos, las comprendamos perfectamente. De lo contrario, las preces y los cantos serían inútiles” (*I Co 14,14*). Se debe, pues “salmodiar sabiamente”, no sólo porque Dios atiende más las disposiciones del corazón que el ruido de los labios sino también porque esa salmodia ha de ser el alimento y la riqueza del alma. En efecto, los salmos son al mismo tiempo la palabra que Dios pone en nuestros labios para alabarlo dignamente y mensaje proveniente de Dios para instruirnos sobre Dios y recordarnos las maravillas que El obró en la creación y en la obra de la salvación. Los salmos y las lecturas bíblicas que nos ofrece la Liturgia constituyen, por lo tanto, la mesa de la palabra, servida con abundancia, que hace el papel de preparación y continuación del banquete eucarístico. Tanto en una como en otra, en último análisis, es el propio Dios que se nos da en alimento.

La palabra de Dios siempre atrajo al monje, aun fuera de las horas consagradas a la celebración de la Liturgia. Sirviéndole de alimento espiritual bajo la doble forma de “meditatio” y de “lectio”. Son dos formas distintas, pero complementarias, la primera prepara a la segunda. En efecto, según los antiguos monjes y también la Regla Benedictina, la “meditatio” era asimilada a la memorización de la Sagrada Escritura. Ese ejercicio consistía en repetir y asimilar con el corazón los textos que se recitaban en el Oficio. Era un trabajo necesario, dada la falta de libros, pero también muy útil cuando se hacía sin interés espiritual, porque esos textos memorizados

constituían un tesoro donde el espíritu podía reabastecerse continuamente, sacando de él “lo nuevo y lo viejo” (*Mt* 13,52), según el ejemplo del escriba diligente del Evangelio.

Así la “meditatio” no era sino una preparación para la “lectio divina”, una lectura atenta, hecha con amor, “meditativa y cálida”, según el P. Dupuy, la cual conduce a la “contemplatio”. A uno de sus corresponsales escribía san Gregorio Magno: “descubre el corazón de Dios en las palabras de Dios”. Ya se ha escrito tanto y tantas cosas bonitas sobre la “lectio” que es inútil alargar este tema. En tres textos sacados de Orígenes veremos que, desde la antigüedad cristiana, la lectura de los textos escriturísticos era apreciada y practicada por los fieles. En la X homilía sobre el Génesis, se lee esta frase en que se comprende fácilmente el sentido alegórico: “si no bebéis diariamente un poco, si no sacáis agua diariamente, no sólo no podréis dar agua a los otros sino que también vosotros mismos tendréis que soportar la sed de la palabra de Dios” (*Am* 8,11). En otro lugar da el siguiente consejo, sin alegoría: “Los alimentos del alma son la lectura de los libros divinos, la oración constante y la asistencia a las predicaciones. Por medio de estos alimentos el alma se fortifica y se hace victoriosa”. “La verdadera conversión consiste en leer los antiguos libros (esto es, el Antiguo Testamento), los libros de la Nueva Alianza y las palabras de los apóstoles, y después de haberlos leído, grabarlos en el corazón y vivir según ellos”.

Por estas dos últimas citas, vemos cómo están unidos entre sí el oficio divino y la “lectio divina”. Esta enriquece a aquel con toda la profundidad espiritual gracias a la cual la semilla que se recibe escuchando la Palabra de Dios penetra en el alma y allí se conserva y se torna fecunda” “No se puede recoger sin que antes se haya sembrado ni sembrar sin que se hayan sacado previamente los espinos y cuidado vigilantemente las semillas de la voracidad de los pájaros” (Evagrio, *Ep.* 41).

### **La Biblia y los escritos espirituales**

Los autores espirituales florecerán en los centros monásticos, en todos los países y en todas las épocas, pero de modo eminente en Occidente, en los siglos XI y XII. Muestran cómo se asimila la Sagrada Escritura y de esa asimilación son testimonios y modelos notables. Para citar solamente algunos nombres: Pedro de Celle, Juan de Fécamp, san Anselmo, san Pedro Damiano, Pedro el Venerable, san Bernardo, Guillermo de Saint-Thierry, e Isaac de l’Etoile. Cada uno de estos autores tiene su modo propio de dirigirse a Dios o a los Santos, de hablar de Dios o de las cosas de Dios. Pero todos ellos revelan, como nota característica, una gran familiaridad con la Biblia, permitiéndoles citarla de memoria a propósito de cualquier tema. Lo hacen tanto para dar testimonio de la autoridad divina en apoyo de una verdad como para expresar más plenamente su pensamiento y su oración. Así lo había hecho ya san Agustín en sus “Confesiones”, san Gregorio en sus “Acordes” y en sus homilías. Lo que parece nuevo es el empleo de un lenguaje propio de la Biblia. Las palabras escogidas y el modo de disponerlas dejan frecuentemente percibir que existe subyacente un texto escriturístico que surge espontáneamente de la pluma del escritor como la forma más apta de expresar lo que se quiere decir. Un lector moderno se sentirá tal vez molesto con ese estilo que pareciera artificioso y a veces denota gentileza. No podemos dejar de admirar el extraordinario conocimiento de la Biblia que tal estilo antológico exige y podemos imaginar el efecto que el mismo debía producir en los medios monásticos. La liturgia y la “lectio divina” modelarán las ideas y el lenguaje de esos monjes negros o blancos de tal modo que, casi involuntariamente, se expresarán en fórmulas bíblicas.

Otro testimonio, menos conocido pero también digno de ser citado, y que revela la presencia de la Sagrada Escritura en el mundo monástico de aquella época, se encuentra en las preces semi-litúrgicas que, según parece, fueron muy apreciadas en esos siglos. Dom Wilmar y, más recientemente, el obispo Don Salmón las descubrieron en los manuscritos de aquella época. Esas súplicas o “confesiones” a veces no son más que versículos sacados de la Biblia, principalmente del salterio y del libro de Job, formando lo que se denomina en literatura:

“centón”, o sea, composición poética formada por versos sacados de varios autores. Estas preces y los salterios resumidos que las acompañaban prueban que, en aquel entonces, la piedad se inspiraba antes que nada en la Biblia, principalmente en los centros monásticos.

### **La Biblia y los monjes de nuestro tiempo**

Descubierta la imprenta, cesarán poco a poco los trabajos destinados a las copias de manuscritos y las actividades de la *scriptoria*. Pero los monjes continuarán desempeñando su papel de difundir la palabra de Dios. Daremos a continuación algunos ejemplos de obras realizadas por ellos en relación a las ediciones de libros sagrados.

Ya antes de la publicación del texto oficial de la Vulgata, en 1592, la edición denominada Sixto Clementina en razón de los nombres de los papas Sixto V y Clemente VIII, fueron impresas por iniciativa particular y circularon muchas Biblias. Una de ellas, tal vez la mejor de todas, es la debida a Gobelin Speck, prior de los cartujos de Maguncia, quien la mandó imprimir en Colonia, por el editor Hittorp, en 1530.

Según el deseo del Concilio de Trento, debía elaborarse una edición más fiel a la Biblia con la utilización de manuscritos antiguos y fidedignos. Cuando el papa san Pío X, por sugerencia de Dom Ambrogio Amelli, monje de Monte Casino, pensó en la realización de ese trabajo, fue a la Confederación Benedictina adonde se dirigió. Iniciada en 1907 y confiada primeramente a una comisión compuesta de monjes especialistas, la edición crítica de la Vulgata continuó siendo elaborada, desde 1933, en la abadía de San Jerónimo, en Roma, habiendo llegado al libro de Daniel.

Otra edición más difícil que la de la Vulgata es la de la *Vetus Latina* que reúne y clasifica todos los fragmentos de las antiguas versiones de la Biblia anteriores a la de san Jerónimo. Los monjes de Beuron emprenderán esa inmensa tarea que el predecesor de ellos, el marino francés Pedro Sabatier, en el siglo XVII, intentó realizar con los recursos de los que se disponían entonces.

Las traducciones de la Biblia en las lenguas vivas no fueron privilegio de los monjes. Con todo corresponde señalar el esfuerzo del monasterio de Monserrat que editó una traducción y un comentario de gran parte de la Biblia, en lengua catalana. La Biblia de Maredsous a su vez ocupa un lugar de honor entre las traducciones recientemente hechas de los libros sagrados en lengua francesa.

Las concordancias ofrecen a los que desean comparar los textos bíblicos un instrumento de trabajo muy importante. Las dos últimas concordancias bíblicas editadas son obras de monjes: una en latín hecha bajo el control de Dom Bonifacio Fischer, auxiliado por los benedictinos de Mariendonk, teniendo como base la edición de la *Vulgata* que fue criticada –crítica *minor*– por Dom Robert Weber; otra, de género diferente, pero igualmente muy importante, es la concordancia en francés, denominada *Tabla pastoral de la Biblia*, elaborada por G. Passelecq y F. Poswick, monjes de Maredsous, tomando por base principalmente la traducción hecha en su monasterio. Señalemos también las “concordancias de la Biblia. Nuevo Testamento”, por iniciativa de la hermana Juana de Arco, op, M. Bardy, O. Odelain, P. Sandevour, R. Séguineau. Cerf - Desclée de Brouwer, 1970.

Los comentarios bíblicos de Dom Calmet, el célebre abad de Senones, acercan autores de la Edad Media a nuestros contemporáneos. Entre estos últimos, merecen ser citados, especialmente, Dom Jacques Dupont, monje de la Abadía de san Andrés de Ottignies, y su discípulo, Dom Benito Standaert. A través de búsquedas rigurosas, relativas al vocabulario, al estilo y a las fuentes de los textos de los Evangelios y de las epístolas de san Pablo, procura identificar los sucesivos estratos de su evolución y determinar el sentido de la palabra de Dios,

tal como nos llega de la manera más precisa posible.

Los libros *Scribes inspires*, de Dom Hilario Duesberg y *Lecture chrétienne de la Bible*, de Dom Celestino Charlier, si bien datan de algunos años, continúan siendo muy útiles como introducciones a una “lectio divina” inteligente y fructuosa. La revista *Bible et vie chrétienne*, por su lado, difunde no sólo para los monjes sino para todos los fieles, todo el tesoro de los conocimientos bíblicos. Esta revista reapareció con el mismo título, en una nueva serie, en ediciones Lethielleux.

Pasando a los escritos espirituales de inspiración bíblica, vemos que la producción monástica de los últimos decenios es también muy rica en cuanto que en los dos siglos precedentes la atención de los monjes estaba atraída, preferentemente, por la Historia o por la Liturgia. Desde el comienzo de este siglo, Dom Delatte, primero y después Dom Marmion, Dom Vonier, Dom Stoltz, Dom Thomas Merton, y muchos otros, sabrán sacar de los libros Sagrados una doctrina sólida y segura, al mismo tiempo tradicional y actual según las necesidades de su época. De todos esos tesoros ¿sabrían monjes y monjas sacar beneficios? No es fácil decirlo. Sea como fuera, actualmente, algunas dificultades parecen frecuentes en la práctica de la *lectio divina*. En primer lugar están los deberes a cumplir. La agitación y la dispersión son, sin dudas, más frecuentes hoy que antes, tornando así más difícil el recogimiento y la concentración. Es un hecho que el monje debe, hoy más que nunca en su actividad, precaverse evidentemente no por el claro llamado de Dios o por las exigencias de la obediencia y de la caridad sino contra la agitación y la superficialidad más aún cuando su horario diario está muy perturbado por los “mass media” y las actividades externas.

Tanto para los estudios bíblicos como para los otros, nunca fueron tan abundantes y variados los instrumentos de trabajo como hoy en día. ¿No correrán el riesgo esos maravillosos recursos de ser un poco, como la armadura de Saúl, la cual en vez de servir de auxilio a David le fue impedimento?

Otra dificultad muy semejante a la anterior es la formación bíblica que se da en la actualidad. Da, sin duda, conocimientos de crítica textual y literaria y de hermenéutica, pero ¿preparará el espíritu para una lectura “saboreada” del texto inspirado, para una comprensión profunda del mismo? Lo que Dom Pelagio Visentin decía recientemente, hablando de los estudios teológicos, se aplica tal vez, quizás, mejor al sector de los estudios bíblicos: “El punto frágil de las teologías modernas tal vez sea que los teólogos hablan mucho de Dios, muerto o vivo, demostrando haber hecho muchas pesquisas especializadas y pacientes análisis críticos, pero raramente nos dejan la impresión de alguien que habla con Dios, de alguien que escucha y contempla su Palabra y su plan salvífico”. La finalidad de la exégesis, debería ser el punto de partida de una reflexión más espiritual y más contemplativa de Dios. Esto, muchas veces, según parece, no se alcanza.

Entre tanto, debemos reconocer que la *lectio divina* siempre fue difícil y muchos de los problemas que hoy en día crea, existieron en todos los tiempos.

Por otra parte, las numerosas traducciones de la Biblia, las introducciones y los comentarios que facilitan su lectura y comprensión, constituyen bienes inapreciables. Aumentan también las múltiples ediciones y traducciones de obras patrísticas que son fuentes muy precisas para el estudio de la Sagrada Escritura y que representan una inmensa región para ser explorada por la *lectio divina*. Con el tiempo y bajo el impulso de la Liturgia renovada, plena de vida y fuerza, gracias también a tantas excelentes iniciativas, tales como los grupos de oración o de reflexión sobre el Evangelio, tantas riquezas puestas a nuestra disposición, producirán, en breve, así lo creemos, sus frutos y el monaquismo, a través del contacto siempre más cierto y espiritual, se renovará en profundidad.

En ocasión de su visita a Monte Casino, el Papa Pablo VI hizo la siguiente declaración profética: “La Iglesia en el mundo todavía necesita de san Benito y de su sociedad ideal, donde

reina, ciertamente, el amor, la obediencia, la inocencia, la libertad nacida del desprendimiento de las cosas creadas, el arte de utilizar esas mismas cosas, el primado del espíritu y la paz, en una palabra, el Evangelio”.

*Monasterio de San Jerónimo  
Roma. Italia*